

—¡Salud!—dijo entre dientes Arturo, alzando su copa.

—¡Santé!—murmuró Juan, levantando la suya, y ahogó otra sonrisa, al ver el destrozo que de la elegante verdura hiciera su parlero comensal.

A la hora de los postres hablóse de viajes. Juan contaba las maravillas de París, ponderaba su belleza; charlóse de su intelectualidad, de sus placeres, y... terminó la comida.

Arturo se despidió para ir á su oficina.

—¿Cuándo nos veremos?—preguntó al salir.

—Mañana...—contestóle Juan.—Estoy invitado á comer en la Fábrica del Albano. El administrador es amigo de mi padre...

—¿A qué hora saldrá usted para allá?

—Pienso irme á las cinco....

—Entonces... no podré verle hasta mañana...

—Mañana,—murmuró Juan, impaciente y deseoso de que Arturo se fuera.

No bien se fué el mancebo, Juan llamó al "gargon" y díjole en francés:

—¿Están listos los equipajes?

—¡Listos!—respondió el criado.



## LXXVII

Obscura la noche; el patio de la entrada semialumbrado por un foco puesto en el extremo de un mástil; la estación desierta; el andén tenebroso; luz insuficiente en la oficina del jefe, donde apenas era visible la mesa de despacho esclarecida por una lámpara de petróleo; en los asientos del corredor de espera un mozo de cordel fastidiado y soñoliento; frente al restaurant silencioso, un velador que iba y venía meciedo su linterna, la cual asomaba entre las puntas de un zarape rojo; el tren listo: un vagón con dormitorio; y un carro de equipajes. La doble locomotora, próxima al carro y separada un tanto de éste, resoplaba de tiempo en tiempo, inte-



rrumpiendo la vibración ensordecedora de su caldera en alta presión. El humo de las chimeneas, traído hacia el andén por el húmedo vientecillo de la noche, hacía pavoroso el aspecto de aquel sitio tan amado durante el día.

El conjunto de edificios fronteros, galerías, talleres, cobertizos, acervos de leña y de carbón, tan oscuros como el piso cubierto de hulla y de balasto volcánico, era terrorífico. Detrás de las tapias que por el lado opuesto limitaban el recinto, en el espacio que dejaban libre las altas chimeneas, las arboledas de un jardín colindante dibujaban sobre la incierta irradiación de una cercana fábrica, quebrada silueta de ángulos agudos en la cual se adivinaban perfiles de abetos, y de fúnebres cipreses. Allá, por sobre la masa fuliginosa de la cordillera, en un claro de cielo, pródiga en irisados cambiantes, fulguraba la más bella de las estrellas australes, el divino Canopo.

El "gargón" esperaba en la entrada del andén, cerca de tres mundos y entre matillas y sombrereras.

—¿Quién irá con el señor?...—"Cenaremos en el camino," dijo el amo... ¡Vaya! Parece que el compañero es merecedor de muchas atenciones...

Pensando en esto alzó una cesta, en la

cual asomaban sus cabecitas típicas dos botellas de vino de Champagne. Después arregló la cubierta de otra cesta llena de comestibles, y, oliéndola, dijo para sí:

—¡Qué bien huele!

En aquellos momentos se llegó el jefe de la Estación.

—¿A qué hora vendrá ese caballero?... Necesito combinar mis trenes... Faltan diez minutos para las siete...—dijo el empleado, y, con las manos en los bolsillos, se echó a pasear delante de su oficina, por cuya ventana salía la luz de la lámpara a dibujar en las baldosas los cuadros de la vidriera.

El criado, en su jerga hispano-gálica, contestó que su amo no debía tardar.

Dos garroteros, alumbrados por un farolillo, a gatas bajo los coches, revisaban el rodaje y lubricaban chumaceras. La gran farola de la máquina lanzaba a lo largo de la vía su poderoso haz de rayos, haciendo más densa la obscuridad de los costados. Sobre la tórrida y pacífica Pluviosilla extendía el alumbrado público su vaga claridad lunar.

Volvió el jefe:

—Está listo el furgón... pueden llevar los bultos.

El mozo de cordel vino con un camión y se llevó los baúles y los sacos.

Oyóse a poco el ruido de un carruaje



que venía á todo correr. Era un coche de sitio. ¡Bien se le conocía desde lejos por el estrépito de sus ruedas pesadas y por el retemblido de sus vidrios!

Entró en el patio rápidamente, y vino á detenerse delante de la escalinata. Saltó del pescante uno de los aurigas y abrió la portezuela. Salió Juan, puso en manos del cochero un puñado de monedas, y después, volvióse para dar la mano á una mujer que se disponía á bajar del pesado simón. La dama misteriosa traía velado el rostro por un mantón. Antes de bajar alargó á su acompañante una caja.

—¡Es mi sombrerillo!...—dijole muy quedo.

Sonrió Juan, y tomó la caja. Dió en seguida el brazo á la tapada, y paso á paso dirigiéronse al andén.

—¡Sapristí!—exclamó el criado, acercándose á recibir órdenes de Juan. Dióselas éste en francés, y le entregó la caja.

El "garcón" corrió al coche, y echó todas las persianas; colocó en sitio apropiado bultos y maletillas, y salió á la plataforma, mientras por el extremo opuesto entraba la pareja.

Era preciso partir cuanto antes. El joven, impaciente é inquieto, bajó en busca del jefe.

—¿A qué hora partirá el tren?—preguntó.

—Dentro de cinco minutos...—contestó el interpelado, después de consultar con una ojeada el regulador de la oficina.—Cruzarán en Atoyac con el número 7...—y agregó:—El criado tiene ya los billetes..

En ese momento llegó Arturito á la Estación. Había sabido en el Hotel que Juan partiría esa noche, y corrió á la Estación. Dirigióse al tren. En la puerta del coche se encontró al criado, quien le dijo donde estaba Juan. Cuando por éste preguntó Arturito, pudo observar el poetilla que una mujer, cuyo cuerpo no le era desconocido, se entraba en el departamento extremo del vagón.

—¿Quién será ella?—pensó sonriendo, y con la curiosidad consiguiente á quien de pronto se encuentra en camino de descubrir una aventura galante ó pecaminosa, —¿quién será ella?—repitióse.—¡Ese cuerpillo cimbrador lo conozco yo!...

A la sazón salía Juan de la oficina. Arturo se detuvo cerca de la ventana iluminada, diciendo:

—¿Se nos marcha usted, amigo mío, sin decir ni adiós?

—Pero con el propósito de escribir á ustedes tan luego como llegara á Veracruz... Un telegrama de mi padre me obliga á salir inopinadamente. Ruégole que me desdida cariñosamente de todas nuestras amigas. Escribiré á usted de París, y le re-



mitiré libros nuevos que le serán á usted útiles; de los más remarcables.

Quedó enganchada la máquina; el conductor vino á presentarse; el jefe dió vía libre, se despidió de Juan, y anunció que el tren iba á ponerse en movimiento.

—¡Adiós, amigo mío!—exclamó Juan, abrazando al poetilla, mientras éste se deshacía en protestas de amistad.

—¡Dichoso usted! ¡Buen viaje, y pronto regreso!

Subió Juan á la plataforma, silbó la potente locomotora, lanzó un par de penachos de humo asfixiante, y partió el tren. Juan dijo el último adiós á su amigo, agitando los guantes, y entró en el vagón.

—¡Tengo miedo!...—díjole quedo Conchita Mijares, llorosa y angustiada...—¡Si fuese posible detener el tren!

Serenóla el mancebo, levantó una cortinilla, y sentóse al lado de la joven, llamando la atención de ésta acerca del aspecto de la ciudad, que parecía envuelta en una poética claridad lunar.

Concha miró hacia el caserío, sobre el cual resplandecían los focos eléctricos como estrellas caídas en techos y arboledas, y lanzando penoso suspiro, se echó á llorar.



## LXXVIII

La intranquilidad de la pobre ceguezuela era de las más dolorosas. Pasaban las horas y la infeliz muchacha se vivía contando los minutos, y suplicando á Filomena que fuese al correo para buscar en la lista si había carta de Juan.

Mas tanta inquietud y tanto afán eran inútiles. Elena, angustiada, presentía el desdén de su primo, y retirada en su alcoba, pretextando malestar, desazonada y abatida, se hundía en los oscuros abismos de su infortunio.

Una mañana, el mismo día en que Juan salió de Pluviosilla, fué á la compra Filomena. Regresaba con el recado, y regresaba presurosa, tan de prisa, que por poco la atropella un carruaje, el de un general



que habitaba cerca de la plazuela de Cartagena. Llegó Filomena en momentos en que, calzándose los guantes, doña Dolores y Margot se iban á Méjico, al llamado del Dr. Fernández.

La criada entró contentísima en la alcoba de Elena.

—Niña!... ¡Ahora sí! ¡Aquí está!—exclamaba, mostrando por alto la cartita aristocrática, como si la joven pudiese verla.

—¡Aquí está!—repetía la criada.

—¡Gracias á Dios! ¡Dámela! ¡Dámela! ¡Me parece mentira lo que me estás diciendo!

Elena, con ansia creciente, tomó la carta, la besó, y aspiró largamente el perfume de que venía impregnada. Era el mismo que Juan usaba, el que dejaban sus vestidos y sus manos; fragancia elegante, aristocrática y embriagadora...

Filomena se complacía en contemplar el regocijo pueril de la ceguezuela, y en pie, frente á ésta, suelto el rebozo, en el brazo la cesta llena de verduras, la fiel criada, muda y absorta, lloraba de alegría.

—Vamos, Filomena: leeme esta carta!

—Volveré, señorita, volveré... Voy á dejar todo esto!...

Fuese Filomena, y mientras la ceguezuela, estrechando cariñosamente entre ambas manos la deseada misiva, anhela-

ba poder leerla como saben leer papeles cerrados las sonámbulas y las pitonisas.

—¿Qué me dirá? ¿Me anunciará su venida? ¡Sí; Juan es bueno! Digan lo que quieran, sí, Juan es bueno! Su mal está en que le han mimado y consentido... Nunca le contrariaron la voluntad... ¡Por eso es tan imperioso y avasallador!... Pero... es bueno, sí que es bueno... y... ¡me quiere mucho!

Ante la pobre ciega, surgió entonces, de entre las tinieblas que la envolvían, la figura imaginaria de Juan, tal como Elena la suponía, reuniendo en el conjunto rasgos característicos de familia, y pormenores fisionómicos dados por amigas y parientes: una figura apuesta y viril, en la que los ojos atávicos de los Collantes lucían sus negras y rizadas pestañas, y sus pupilas negras, brillantes y siempre húmedas...

Volvió Filomena, y con el mayor cuidado, sirviéndose de una horquilla que tomó del tocador de Margarita, abrió la carta.

El contenido de ésta hizo irradiar de alegría el rostro de la criada, pero anubló con negra tristeza el semblante de Elena...

Juan... no volverá...—dijo aterrorizada.

—¿Por qué dice usted eso, niña Elena?

—Porque así lo hace comprender esa



carta... porque así lo presiento, y así me lo repite este pobre corazón mío que nunca me engaña...

—¡No... niña!

—Sí; no hay que hacerse ilusiones... Hace un momento, antes de que tú vinieras, antes de que me leyeras esa carta, pensaba yo de otro modo... ¿Por qué no acude Juan á mi llamado? ¿Por qué se está en Pluviosilla? ¿Qué hace que no se escapa, y viene y habla conmigo?...

—Pues á mí esa carta, niña Elena, me parece muy formal, muy seria, y... hasta muy cariñosa!

—¿Cariñosa? ¿Llamas cariñosa á esa carta? ¡Qué bien se conoce, muchacha, qué bien se conoce que no has amado nunca, que no has amado jamás como yo amo á Juan! ¡No, no, eso no puede satisfacer á una mujer enamorada, enamorada como yo!

Sollozaba Elena, ahogando, ó más bien, tratando de ahogar los sollozos.

Acaso tenga usted razón... Lo que á mí no me quita es que no veo franqueza en su primo de usted. Me parece que... ¡vamos!, que no procede con sinceridad! ¿Duda usted de él?

—¿Que si dudo?... ¡Sí! ¡Sí! Filomena, por desgracia mía!

—¿Qué haremos?

—¿Qué? ¡Escribir otra carta! Escribirla ahora mismo!

Y se pusieron á la obra.

Dictó la carta Elena, y dictóla enérgica, con brío varonil, diciendo al mozo cuáles eran sus deberes, apelando á su entereza y á su dignidad. "Dicen,—dictó Elena—que las mujeres somos débiles. Quienes dicen eso se engañan. Los hombres suelen ser más débiles que nosotras. A veces, de puro egoístas tocan en cobardes. Y no creo que seas cobarde, ni que en este caso te portes como un mal caballero. Si tal hicieras, llegaría yo á creer que no eres merecedor del cariño y del amor supremo de una mujer que vale algo y que en algo se estima; no, ni de una mujerzuela infame, de esasa que arrastran por las calles los últimos restos de una belleza consumida en el fango del vicio y en los maldares de la perdición. Tú harás lo que quieras; te conducirás en este caso como mejor te plazca, pero yo, ahora y siempre, seré superior á tí. No me parecen francas tus palabras; así lo atestigua tu carta, esa carta fría, helada, sin expresión ni cariño, y lo que es peor, sin amor. Sí; sin amor, sin lo que espera una mujer del hombre á quien ha entregado su alma y su vida cuanto ella es, cuanto ella vale. No seré yo quien te haga ver que en este caso, más que en otro cualquiera, hay circunstancias especiales... no seré yo quien te recuerde mi desgracia, y que, para colmo



de ella, y esa será mi mayor desventura, no tendré la dicha de ver á mi hijo. . . . Espero tu respuesta, tu respuesta á vuelta de correo. Si no vienes, si me contestas con una negativa, y huyes como un personaje de novela cursi, entonces. . . yo sé lo que tengo que hacer!

—¿Y qué hará usted, niña Elena?

—¡Nada!—respondió la ciega, con cierta expresión infinitamente dolorosa, alzando los hombros en un arranque de desdén y de hondo desprecio por la vida.

—¿Qué hará usted?—insistió la criada.

—¿Decirle todo á la señora?

—No.

—Al papá de don Juanito, á su tío de usted?

—No.

—¿Pues qué?

—Nada.

—¡Eso no es posible!

—Sí es posible.

—Dígame usted lo que piensa hacer!—volvió á insistir la muchacha en tono suplicante.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?—preguntó con temerosa curiosidad Filomena.

—¿Sabes qué?

La criada contestó con un movimiento de cabeza diciendo que no. La ceguezuela, volviendo á todos lados sus ojos de mi-

rada vaga é inexpresiva, dijo en voz baja, con miedo, como si temiera de sí misma:

—Me mataría.

—¿Y el niño?—se apresuró á exclamar Filomena.

—¡No! ¡No!—gritó Elena.—¡Por él viviré! ¡Viviré para él, y sufriré todo, y padeceré cien mil martirios!

—Sí, niña Elena; si es usted buena, es usted cristiana. . . ¿no es verdad que una mancha así no la borra más que el amor maternal?

Quedóse pensativa la ceguezuela. Después de un rato, dijo resueltamente:

—Acabaremos.

Y dictó el resto de la carta en tono cariñosísimo.

—Ahora. . .—exclamó con acento resuelto—ciérrala y llévala al correo. ¡Y será la última!







## LXXIX

Repantigado pacíficamente en su poltrona, calados los anteojos, el Dr. Fernández leía un periódico. En eso ocupaba el tiempo el buen canónigo desde su regreso del coro hasta las doce del día, hora en que, ni minuto más, ni minuto menos, se sentaba á la mesa, á comer, con excelente y fidelísimo apetito, los cinco platillos reglamentarios: el caldo tradicional, como el que los ilustres abuelos acostumbraban á tomar allá en los felices tiempos del virrey Bucareli; sopa, de pan frecuentemente, de arroz á veces; cocido de lo más pingüe y variado; pollitos en especia; algo de verdura; frijoles, sin los cuales no se la pasaba el buen señor, y... postres: algu-



nos bizcochuelos, y dulces, y frutas, á las cuales era muy dado, por motivos de régimen interno. Pero si las gacetas, como solía llamar á los periódicos, (y pocos entraban en aquella casa), no traían nada interesante, ó habían salido sin nada digno de atención, entonces el señor Fernández mataba las horas en despachar su correspondencia, que no era ni larga ni numerosa, ó en continuar sus lecturas favoritas, (á las cuales consagraba las veladas) sus lecturas de Alamán, ó de García Icazbalceta, el incomparable investigador de nuestro siglo XVI. Tenía el Dr. Fernández rara predilección por tal centuria de nuestra historia, y holgábase en discutir de ella y de las cosas de Nueva España en tales tiempos, y de los hombre y acaecimientos de esos años. ¡Buenos ratos que se pasaba tratando de esos asuntos con Agreda y el P. Andrade! ¡Buenas corrían para él las horas verificando fechas, revolviendo códices y desembrollando mamotretos, cuando acometía la empresa de aclarar algún punto de la historia eclesiástica! Tenía preparado un libro biográfico de los deanes de la Metropolitana, y una edición de las actas del Cabildo, ilustrada con notas eruditísimas, en las cuales, al decir de Galindo y Villa, á quien fueron comunicadas confidencialmente, se dilucidaban muy importantes cuestiones, y se aclara-

ban muchos pasajes oscuros de Motolinia y de Mendieta. Cuando sus mencionados amigos reclamaban la publicación de esas obras, el Dr. Fernández se soltaba lamentando la frivolidad de los espíritus en los tiempos actuales, aplazaba la salida de sus librerías,—como solía decir,—y repetía tristemente estos versos de un célebre poeta italiano, aplicándolos á nuestro país:

“Che ignora il tristo seculo

“Gl'ingegni e le virtudi;

“Che manca ai degni studi

“L'ignuda gloria ancor.”

¡Dulce placidez la de aquella casa montada á la antigua, ajuarada á la antigua, y mantenida sin variaciones ni mudanzas, como en los buenos viejos tiempos! ¡Grato silencio el de aquella morada! ¡Silencio serenador de toda inquietud del alma, sólo turbado por la campana con que el viejo portero anunciaba la llegada de alguna visita, ó por el canto de unos canarios muy lindos, idílicos habitantes de una hermosa pajarera, hecha con mucho arte y conforme á la traza de la Colegiata de Guadalupe!

Leía pacíficamente un periódico el Dr. Fernández, y leíale sonriendo, como quien muy en su interior se burla de la credulidad de un ingenio. Tratábase en aquel papel, y en larguísimo artículo, de cosas de la monarquía azteca, muy anteriores á la



conquista de Cortés, y el canónigo, que no creía media palabra de cuanto á esos tiempos rezan los libros, reía compadecido. Sonó la campana del portero, y, á poco, la campanilla del portón, y el criado que andaba por el comedor, arreglando la mesa, anunció á doña Dolores y á Margot.

—¡Bien venidas! ¡Que pasen!—dijo, y tiró el periódico sobre el velador próximo, y se quitó los anteojos.

No tardaron en entrar las señoras. El Dr. Fernández se levantó y se adelantó á recibirlas.

—¡Venís á buena hora, hijas mías!—exclamó al verlas.—Podremos hablar tranquilamente, pues tenemos buen rato para ello... Acaban de dar las once... Os esperaba á la tardecita... ¡Ea! ¡sentáos! ¿Cómo va? ¿Cómo está Elena? ¿Qué dicen esos muchachos? Ese Ramón... ¿estudia? Y Pablo... ¿prograsa?

La dama contestaba con el semblante á tales preguntas.

Margarita murmuró:

—Todos bien.

—Sentáos,—repitió el Canónigo.

Momentos después agregó, ocupando su sillón favorito:

—¡Perdonadme, hijas mías, perdonadme, que os haya hecho venir, en vez de ir á veros, como era del caso, y como debí:

hacer... pero... ¡ya lo sabéis! A mi edad anda uno achacoso ó desmazelado... Desde los días de la Candelaria ando mal, y... á mis años todo se vuelve dolamas.

—¿Ha estado usted enfermo?

—Enfermo... no; pero á deciros verdad... no andó bien. Por eso no me visitéis en la comida de Juan la noche que estubo allá Monseñor Fuentes...

—Echamos á usted de menos...—dijo Margarita...—pero mis tíos nada me dijeron...

—Sabed que en esos días guardé cama... Un resfrío... la "influenza," según el médico... La tal "influenza" que, á lo que veo y todos miramos, saca fácilmente del paso á los señores facultativos... ¡todo es "influenza!"... ¡todo se vuelve "influenza!" Prediqué el día de la Candelaria, y á poco de bajar del púlpito me sentí mal... Y no creáis que estuve en cama muchos días... Tres nada más. Al cuarto vine á esta sala... El quinto fuí al comedor... El sexto me eché á la calle.

¡Bueno soy para estar encerrado, y proceder contra mis hábitos y costumbres! No, hijas mías, cuando se me llegue la hora, y Dios me llame, lo cual no tardará en suceder, la muerte me ha de encontrar en pie. ¡Mientras, aquí vamos tirando!... Ya lo sabéis... Yo... ¡ni cama, ni medicinas, ni médicos! ¡Y así he sido siem-



pre! Por eso el Deán y yo hemos visto al Cábildo renovarse dos veces...

—Cierto es,—contestó doña Dolores— que siempre tuvo usted excelente salud.

—¡Es de familia! Mi abuelo murió de noventa y cuatro años... Mi padre de noventa... Mi madre de ochenta y siete... Hemos sido de buena madera... ¡Ya me veis! Voy llegando á los setenta y ocho, y ni me canso ni me fatigo... Subo al púlpito, hablo la media hora de rigor... y así hablara un hora... bajaría tan listo y tan campante!... En quince años no he faltado al coro más que en dos ocasiones: el año pasado cuando nos vimos en Pluviosilla y ahora en los días esos de que os tengo hablado...

Hizo una pausa el Canónigo, sacó la tabaquera, tomó un polvo, se limpió la nariz con el amplio y bien doblado pañuelo de hierbas, se acomodó en el asiento, y cuando la señora iba á felicitarle por tan buena salud, prosiguió:

—Es preciso que Ramoncillo, (¡que tiene, tiene su talento!) no desmaye ni pierda el tiempo. Sí; es preciso que cuanto antes haga la carrera... ¿de abogado, no es eso? ¡Vaya en gracia! No será santo... No sé quién dijo que en el cielo no hay más que un abogado, San Ivo, y eso... ¿sabéis por qué? Porque no ha podido entrar en la morada de los bienaventurados

un alguacil que le arroje de allí... ¿Estamos? ¡Bien! ¡Bien! ¡Que sea abogado el Ramoncillo, y que Dios le dé clientes que estén en lo justo, y pleitos productivos. ¡Ya tendrá que subvenir á ustedes! ¡Y Pablo otro tanto! Pablo,—me parece un guapo chico... Su tío dice que es inteligente y apto para todo...

Margot, durante todo el tiempo que llevaba de hablar el Canónigo, estaba entretenida en mirar el tapete, un tapete más que marchito, vetusto, pero de muy gallardos dibujos: grecas ligerísimas y ramos de adormideras en que las flores se abrían magníficas y opulentas de lozanía, y las hojas se encorvaban con prodigiosa flexibilidad. Doña Dolores estaba pendiente de los ojos y de los labios del Canónigo.

—Sí; eso es lo prudente, Lola! Así conviene. No esperéis nada de Juan. La liquidación queda hecha... Efectivamente Ramón debía eso... Adeudáis algo; pero eso se arreglará fácilmente... y algo alcanzaréis!

—¿Pero cómo,—apresuróse á decir la dama,—cómo si adeudamos podremos alcanzar algo?

—Muy sencillamente: se trata de unos encajes.....

—¿Pero éstos no son de mis hijas?

—Como es legado de Eugenia y de Surville,....



—Es cierto....

—Pero.....—interrumpió Margot, en quien, á pesar de su serenidad y de su discreción, se alzaron contrariados el bien parecer y el amor á las galas—pero eso no es posible....

—Vamos, criatura,—replicó el Canónigo antes de oír lo que la blonda señorita iba á decirle—¿para qué quieres tú encajes de esos? ¿No te parece que en ustedes galas tan ricas, pues encajes de esos son joyas de millonarias y de reinas, resultarían un escándalo, ó eso que ahora se llama una.... una....

—Cursilería, ¿no es eso?

—¡Eso!—contestó el Dr. Fernández, moviendo la cabeza.

—Convenido.... pero mañana, cualquier día...—murmuró Margot.

—Comprendo, criatura, comprendo.... Algo me sospecho de tus ilusiones y de tus esperanzas, buena niña.... ¡Dios te haga feliz, como lo mereces!

—Cuanto á mí,—dijo vivamente Margarita,—puede estar segura mamá y usted también, señor, que no deseo ni joyas ni encajes.... Soy mujer, y soy joven, pero no me pago de galas ni menos de lujos... ¡Va una tan guapa con un vestidito de lana, de muselina ó de percal! Mamá: por parte mía.... no vaciles, salgamos pronto de este asunto que va haciéndose enojoso,

Cuentas claras, dicen, conservan amistades.... Pues entre parientes.....

—Pero usted, señor, ¿no le hizo ver á Juan.....?

—Más de lo que tú piensas y supones... Dejád esto en paz.... y confiemos en Dios!

La dama y su hija quedaron silenciosas. La señora fijó la mirada en el suelo. La señorita jugaba con la punta de su pañuelo y contemplaba el monograma en él bordado delicadamente.

—Y yo.... que había soñado en regresar á Pluviosilla, y allí comprar unas casitas; y que Ramón allí estudiara, y que Pablo volviese á su empleo en la fábrica del Albano, donde le recibirían gustosos... y huir de aquí, de este bullicio, de este vértigo, de estas frivolidades, de esta vanidad, que en todo y por todo impera!....

Doña Dolores decía esto en tono congojoso. El canónigo sintió en su alma toda la angustia de su amiga, y pensó: "Pronto me moriré.... Mis parientes no son pobres.... Gabriela vive en la abundancia.... El chico ese tiene lo bastante para arrastrar por el mundo su desgracia... Al morir dejaré á Lola y á sus hijas.... algo de lo que tengo..." Y agregó en tono sentencioso:

—Dios te ayudará, Lola. El que cuida



de los lirios del campo y de los gorriónes, cuidará de tus hijas, que lirios son también.

Siguió hablando dulce y cariñosamente.

—Bien, señor.... Pues.... ahora..... el último favor.

—¿Cuál, hija mía?

—Decir á Juan, como usted lo crea más conveniente y oportuno, que no se hable más de esto, que se pague.... y me remita lo que reste á favor nuestro.... Yo no sé lo que valdrán los encajes....

—Adviértote que han sido puestos en el valor que Surville les atribuye.... Alcanzaréis mil pesos....

—No hablemos más del asunto.

Dolores y su hija se despidieron, el Cañónigo las acompañó hasta la escalera. Al verlas irse, díjose:

—¡Pobres gentes! ¡Qué poco le costaría á Juan ser generoso!....

Y en seguida, al oír que el reloj de la sala daba las doce, dijo al criado que á la sazón salía del comedor:

—La comida.



## LXXX

A las diez de la noche, tres horas después de la partida de Juan, una de las tías de Conchita Mijares se presentó en la casa de Arturo Sánchez, en busca de su sobrina.

—Salió á las cinco... no ha vuelto aún, y no sabemos dónde estará...—decía.

—¡No ha venido por aquí en todo el día!—contestó una de las muchachas.—Tal vez salió de allá con intención de venir.... En la calle se encontraría á algunas amigas y se iría con ellas... Cuando usted llegue ya estará allá. ¡Qué paseadora es Concha!

—¡Pero, Dios mío, qué muchacha esa tan alocada y caprichosa! Siempre estoy yo con ella: "Concha: ¡por la Virgen San-